

ROMERÍAS.

Romerías de Francia.

“LA devoción de las romerías, dice M. Michaud, (1) se ha tratado de fomentar en todas las religiones, y existe por otra parte un sentimiento natural en el hombre hácia ellas.”

Esta observacion es tan justa como verdadera; todos los pueblos han tenido en efecto lugares consagrados á donde se han hecho un deber ir en ciertas épocas conmemorativa, para penetrarse mas vivamente de los beneficios de la Divinidad, visitando los sitios que se han creído santificados ó por su presencia ó por sus milagros

Las peregrinaciones son tan antiguas como las mismas sociedades; las del Oriente, como muy juiciosamente lo observa Boulanger se unen casi todas á los recuerdos del diluvio. En efecto estas romerías, cuya institucion se pierde en la noche de los siglos, tienen generalmente por objeto las altas montañas, donde se formó el primer núcleo de las grandes naciones del Asia, que cual dos ríos descendieron de las entrañas pedregosas de sus montes. Los chinos, que se creen hijos de las montañas,

trepan de rodillas los flancos escarpados de Kicou-hou-chan; los tártaros orientales van á venerar el Chün-pa-chan como el tronco de sus hordas, y asimismo algunos gentiles indos, el Pürpan-jal. Los japoneses emprenden al menos una vez en su vida la peligrosa romería de Isje, montaña de donde descendieron sus abuelos. Los apalacitas ó floridianos salvajes á la vuelta de cada estacion van á sacrificar sobre el monte Olámi, para dar gracias al sol, que salvó, dicen ellos, á sus padres de un diluvio, etc. Estas romerías están fundadas sobre tradiciones corrompidas por los tiempos, pero históricas sin duda; allí se encuentran las huellas, se ven los efectos del pensamiento de profundo terror que se manifiesta en la llanura de Sannaar con la ereccion de la famosa torre de Babel. Los pueblos que existian despues del diluvio, desalentados con la confusion de las lenguas y no pudiendo refugiarse por consiguiente en torres que subiesen hasta las nubes, se establecieron al menos sobre las altas montañas para garantizarse, si era posible, de los desastres fortuitos de un nuevo diluvio, y solo cuando faltó el pasto á los ganados y rehusó producir los frutos necesarios al sustento de las colonias nacies, se les vió establecerse en las llanuras que generalmente continuaban en despreciar antes de descender á ellas; de allí viene el respeto de los orientales por sus montes sagrados, respeto que testifican por visitas anuales acompañadas de votos, de ofrendas y de oraciones.

Después de haber venerado la cima de los pueblos, se veneró el de los cultos; después los lugares que recuerdan grandes hechos, y últimamente los hombres que se ilustraron por hazañas heroicas ó religiosas. Así es como el pueblo judío conserva hace tantos siglos la tumba de Esther y Mardocheo, donde todos los hebreos esparcidos por el Asia van en romería desde dos mil años atrás. ¡Cosa extraña, que el sepulcro de dos desterrados conservado por el reconocimiento de algunos cautivos, haya sobrevivido al grande imperio de los asirios, y que él tan solo salvase del olvido las ruinas de Ecbatana!

El hombre es como la yedra; es necesario que él se apoye en alguna parte, es necesario que alguna cosa le sostenga para que tenga el valor de vivir. Cuando él no encuentra ni simpatía ni consuelo en medio de sus semejantes, invoca instintiva-

mente á los habitantes de un mundo mejor, y reclama de ellos aquellos socorros que la sociedad le rehusa, ó que no puede concederle. Nada prueba mejor esta inclinacion del alma, que la conducta de los indios, oprimidos por los primeros vireyes portugueses; aquellos pueblos desarmados é inofensivos no encontrando proteccion ni apoyo entre los sucesores de Alfonso de Albuquerque, venian suplicantes á sentarse al pié de la tumba de este grande hombre, pidiendo al ilustre muerto acostado bajo el mármol monumental, aquella justicia que los vivientes no querian conceder ni á sus derechos ni á sus lágrimas.

El protestantismo, que descolora y pulveriza todo cuanto toca, ha querido abolir las piadosas visitas que los cristianos han hecho en todo tiempo á los lugares, que Cristo ha santificado por sus sufrimientos, ó que su madre ha hecho célebres por sus beneficios. Los turcos, enemigos furiosos de las imágenes, han encendido lámparas de oro delante de los altares de María; ¿pero qué protestante ha colocado una luz delante del Santo Sepulcro? ¿qué protestante ha orado junto al pesebre de Belen, donde rogaron Saladino y el califa Omar? Dicen que "no son sino supersticiones esas devociones locales; Dios está en todas partes;" ¿quién lo duda? . . . Los católicos no necesitan que se les enseñe la primera pregunta de su catecismo, que aprenden desde niños; lo saben, sí, y sabian tambien quinientos años antes que existiera en el mundo un monge apóstata del nombre de Lutero, que Dios oia en todas partes la oracion de las almas fieles, y que esas oraciones son igualmente bien recibidas en todas partes; pero ¿quién impide á Dios que quiera conceder algunas gracias á esos viejos santuarios, donde le plugo manifestar su poder por medio de prodigios? . . . Existian en Judea una multitud de verdes y hermosas colinas, que habria podido designar David para el lugar de su templo, y sin embargo, escogió el sitio pedregoso de Areuna, el Jebuseen, porque allí habia hecho Dios brillar en otro tiempo su misericordia; (2) y si se ha de dar crédito á una tradicion encantadora que bajo la oscura tienda del árabe se ha conservado como una flor del desierto, era porque aquel lugar habia sido santificado en otros dias por un noble rasgo de amor paternal. (3) El hombre por naturaleza es tan imperfecto y tan inclinado al mal, que siempre tie-

ne alguna expiacion que hacer antes de acercarse al origen de toda santidad: cuando esa expiacion le parece proporcionada á su falta, experimenta una confianza mas íntima en el socorro del cielo; de allí la exaltacion generosa de los mártires, que esperaban en proporcion de sus torturas: el peregrino obra desde luego bajo el mismo principio; él reúne la fatiga, las privaciones, las incomodidades del viaje á la oracion que viene á ofrecer, y espera en virtud de los sufrimientos que se impone, encontrar gracia delante del Dios mismo que tanto sufre; ¿y por qué entonces ha de ser vana esta esperanza?

El ilustre Robertson á quien no han cegado las mezquinas preocupaciones de su secta, confiesa francamente los beneficios, que debe la Europa á las peregrinaciones de ultramar. Los primeros frutos son la emancipacion de los comunes, la creacion del comercio y de la marina, la propagacion de las luces, la mejora de la agricultura y la introduccion de innumerables plantas, árboles y cereales que contribuyen hoy dia al consumo de los pueblos occidentales, y después la manumicion de los esclavos, para lo cual contribuyeron las romerías mas que ninguna otra cosa; porque el señor feudal que descalzo (4) se mezclaba á los peregrinos de todas condiciones que emprendian con él algun santo *viaje*, comprendia mas facilmente en sus horas de humildad y penitencia, que esos esclavos despreciados, á quienes la antigüedad colocaba en el rango de cosas, eran sin embargo sus hermanos delante de Dios, y cuando en algun antiguo santuario obtenia la gracia que habia ido á buscar tan lejos de su castillo, continuamente le venia el pensamiento de libertar á cierto número de sus vasallos en honor de Cristo, enemigo de la esclavitud, y de la *bendita* Virgen María, toda dulzura y misericordia. (5)

Las romerías que datan desde el diluvio, (6) que han sido recibidas entre los cristianos y que fortifican entre los católicos el sentimiento religioso, llenando el alma al mismo tiempo de emociones generosas y edificantes, (7) son, pues, á pesar de lo que dicen los protestantes, que no tienen ningun conocimiento del corazon humano, una cosa buena, laudable, útil y agradable á la Divinidad. Estas primeras prácticas se ven honradas desde los primeros tiempos de la Iglesia; María, las santas muje-

res y los apóstoles fueron los primeros peregrinos, y los creyentes de Europa y Asia marcharon al instante tras sus huellas.

“Todos corren aquí, dice San Gerónimo, que escribia en el siglo IV; Jerusalem está lleno de hombres de todas las naciones; todo galo de distincion viene aquí. El breton, separado de nuestro universo, si hace algun progreso en la religion, deja su sol pálido para buscar una tierra que no conoce sino por el nombre y el testimonio de las Escritores. ¿Qué necesidad hay de hablar de los armenios, de los persas, de los pueblos del Indo, de la Etiopía, del Egipto, tan fértil en solitarios, del Ponto, de la Capadocia, de una y otra Siria, de la Mesopotamia y de los enjambres de fieles que nos envia el Oriente? Según la profecía del Salvador, en el lugar mismo en que está el cadáver, allí se reunirán las águilas. Ellos vienen á estos lugares en tropel y nos edifican con el brillo de sus virtudes; su lengua es diferente, pero su religion es la misma. (8)”

Los musulmanes, que dicen con razon que el ir á visitar las tumbas de los muertos de *alma pura* es una práctica piadosa y eminentemente saludable, están arrodillados de continuo en los lugares á donde aquellos van en peregrinacion. Después de la toma de Jerusalem, el califa Omar quiso ir á Belen; entró en la iglesia, é hizo su oracion al pié del pesebre, donde nació el Señor Mesías (*Aisa Resoul*). Quiso además que los musulmanes no orasen sino el uno después del otro, temiendo que con la muchedumbre se originase algun desórden incompatible con la santidad del lugar, y prohibió el que se reuniesen por ningun otro motivo que el de la oracion; Saadi mismo es quien nos lo dice, y la tradicion de Jerusalem, añade que el mismo príncipe fué á orar á la tumba de María.

Además de los lugares de la redencion habia en la Tierra Santa otras famosas romerías; Nuestra Señora de Edessa en Mesopotamia, á donde venian en tropel los primeros cristianos; Nuestra Señora de Seydnai, donde un sultan de Damasco colocó una lámpara que ardia perpetuamente en reconocimiento de una gracia que habia obtenido por intercesion de la Virgen; Nuestra Señora de Belment, á dos horas de marcha de Trípoli, y en fin, Nuestra Señora de Tortosa, cuyos milagros en la edad media resonaron en toda la cristiandad, y á cuyo lugar los musul-

manes mismos traían á veces sus hijos para bautizarlos, persuadidos como estaban que aquella ceremonia, gracias á la proteccion de la Virgen santísima, debía preservarlos de todo mal. (10)

En las memorias del señor de Joinville se lee, que habiendo vuelto de una romería á Nuestra Señora de *Tourtouze*, de donde él trajo algunas reliquias y camelotes, dieron estas lugar á una agradable equivocacion. Habiendo llevado el mismo senescal las reliquias al rey envió á uno de sus oficiales con algunas piezas de bellas telas de Tripali para la reina Margarita, á quien queria complacer. La reina, que sabia que el señor de Joinville estaba de vuelta y que traía algunas reliquias de Tortosa; al ver entrar en su aposento al caballero del senescal de Champagne con una pieza en la mano, fué á arrodillarse delante de él suponiendo que eran las reliquias en cuestion. El caballero portador del paquete, que ignoraba el motivo de la accion de la reina, se arrodilló tambien mirando á Margarita sin saber que hablar. La princesa viéndole en aquella postura le mandó levantarse, añadiendo con piadosa bondad "que no le convenia arrodillarse teniendo el honor de llevar las santas reliquias. —¿Qué reliquias, señora? preguntó el caballero enteramente asombrado; no traigo ninguna: esto es tan solo una pieza de camelote que el señor de Joinville os envía; á esto, la reina y los demás que le acompañaban se pusieron á reir, y dijo la reina al caballero, mal día para vuestro señor, por haberme hecho arrodillar delante de sus camelotes. (11)

Los romerías á la Madre de Dios no han perdido nada de su fervor en Asia, y los francos se asombran algunas veces de encontrar mujeres turcas orando devotamente en la tumba de la Virgen, (12) con las hijas de Sion, las ricas armenias, las griegas del país del otro lado del mar y las árabes católicas. El culto de la Virgen entre las naciones cristianas del Oriente, no es una de las cosas que menos llaman la atencion de los viajeros; encuentran, sobre todo, digno de observacion aquel culto que somete los destinos humanos al poder de una mujer en una tierra donde la mujer es tenida en tan poco. (13)

Entre los galos, las peregrinaciones precedieron con mucho al establecimiento del cristianismo. Una de las romerías mas frecuentadas de la Galia Occidental, era una gruta sombría con-

sagrada al dios Beleno, sobre la roca entonces rodeada de bosques, donde se levantan hoy en medio de arenas movedizas la fortaleza anfibia del monte San Miguel (14). Allí era donde los pilotos de la América iban á comprar á los druidas del monte *Belen* las flechas encantadas á las cuales atribuían locamente el poder de cambiar los vientos y disipar las tempestades. Cuando la montaña escarpada que fué el último baluarte del druidismo recibió una abadía cristiana, y cuando se le hubo consagrado solemnemente á san Miguel Arcángel, la gruta de Belen se transformó en una deliciosa capilla dedicada á la *Estrella de los mares*, á Maria protectora de los marineros: esta capilla fué fabricada de guijarros bruñidos por las olas y arrojados por el océano: en el interior las paredes y la bóveda estaban adornadas de ramas de coral, de mamilas de ámbar y brillantes caracoles recogidos en todas las riberas y llevados por los piadosos marineros: el altar era un trozo de roca al que le habian dejado la aspereza de un escolio, mientras que al rededor se veian suspendidos como *ex-voto* anclas de salvamento y cadenas de cautivos. Antes de la revolucion era visitada esta capilla por largas procesiones de marineros libertados del naufragio, y aquellos hijos del océano con un fervor que no es raro entre ellos, entonaban con una voz roncá como el ruido de las olas el *ave, maris stella*, de Fortunato, obispo de Poitiers, ó el gracioso *Salve regina*, que segun una vieja tradicion que cuenta el padre Barry, los ángeles mismos cantaban al borde de los fuertes. Los reyes de Francia hasta Luis XV visitaron casi todos este santuario de Maria, y aun se pretende que una antigua tradicion conservada en los archivos de la abadía, amenazaba las mas grandes desgracias, hasta la tercera generacion, á la posteridad del rey que se dispensara de hacer una romería á san Miguel y á nuestra Señora. Si la predicion existe realmente, ella se ha verificado con bastante certeza.

Las romerías de Francia se presentan á nosotros cercadas de maravillas que nos ocultan su origen; hablaremos como nuestros padres, que no han hablado sino demasiado bien. Las maravillas que la tradicion nos ha legado de siglo en siglo, no son para nosotros, católicos de diferente especie, un artículo de fe y la critica puede analizarlas sin herir á la Iglesia; entre tanto,

según nuestro parecer, no se ganaría gran cosa en desecharlas; dice muy bien el moño á las grandes cadenas, la yedra á las antiguas abadías y lo maravilloso á las leyendas góticas.

Siguiendo las tradiciones lionesas apoyadas en una bula de Inocencio IV san Pothin erigió el primer oratorio en que se invocó á María en las Galias. Se supone que él llevó desde el fondo del Asia una pequeña estatua de la Virgen, que depositó en un subterráneo solitario y sombrío á orillas del Saona y frente á la colina de Fourvière. En este lugar agreste y solitario levantó un altar al verdadero Dios, y colocó la imagen, que fué trasportada mas tarde á un templo fabricado sobre la colina misma, de donde tomó el nombre de Nuestra Señora de Fourvière. La veneración de los fieles de la edad media rodeaba siempre esta iglesia, y era una romería de gran fama en todo el departamento de Lion; pero los calvinistas, que han destruído y robado tantos y tan ricos santuarios no concedieron gracia á los de Lion. La Iglesia de Fourvière, en la que desde el nacimiento del cristianismo cada generación habia señalado su paso con dones que serian hoy tan preciosos, tanto para el anticuario, como para el escultor y el pintor, como para el peregrino, no conserva sino sus cuatro muros desnudos, que no pudieron fundir en el crisol donde han desaparecido tantas obras maestras que tuvieron la desgracia de ser de oro ó de plata.

El cabildo de San Juan no soñó en redeificar la iglesia de Fourvière, sino mucho tiempo después de las revueltas de los protestantes, trabajándose entonces hasta que se restableció la catedral y el claustro. El altar de María fué consagrado al fin el 21 de agosto de 1586, y desde aquel momento la confianza de los habitantes se volvió hácia el faro de salud. "La fuente de los prodigios parecia agotada, dice un antiguo historiador; pero comenzaron de nuevo al fin del siglo VI y todo Lyon se estremeció de gozo. (15)

Durante la revolucion de 1793, la iglesia de Fourvière fué vendida; pero cuando la calma se restableció, el celoso prelado que gobernaba la antigua iglesia de Pothin y de Irene, el santuario de María fué restablecido en su culto, habiéndose inaugurado el 19 de abril de 1805, por el soberano pontífice Pio VII. (16)

En 1832 y 1835, amenazado Lion por el cólera, levantó los

ojos hácia la santa montaña y la Virgen dijo á la plaga: "Tú no pasarás de ahí." La capital de Lion, respetada contra toda esperanza, cambió sus gritos de alarma en cánticos de gozo; oraciones y acciones de gracias fueron justas y solemnemente ofrecidas á María en su santuario protector.

Desde la feliz época en que este santuario ha sido vuelto al culto, la piedad parece haber redoblado el fervor por nuestra Señora, y en Fourvière es donde se verifica y se renueva. Los habitantes de Lion y de las campiñas vecinas se aglomeran sobre los senderos de la colina de María; á cualquiera que sea la hora en que se llegue, siempre se encuentra uno en medio de una piadosa muchedumbre de personas de todo rango, de toda edad y de toda condición. Uno de los dias de 1815 un peregrino poco comun que habia comenzado por observar á Lion desde lo alto de la colina, como un hombre que quisiese estudiar el puente y su debilidad, se presentó en la iglesia de Nuestra Señora, y los fieles levantando un instante sus ojos bajos durante la oracion, se dijeron interiormente: ¡El mariscal Suchet! y en efecto era él, el mariscal del imperio, el hijo de Lion, á quien se habia confiado la defensa de su ciudad natal, y que atravesaba en ese instante con lentos pasos la nave de la basílica de María á la vez que en su semblante respetuoso se mezclaba un no sé qué de dulce y de tierno, algo como el lejano recuerdo que despierta y arrulla el alma con una música invisible. Entró á la sacristía é hizo suplicar á uno de los capellanes que se dignase venir donde él estaba, y al instante apareció el vicepresidente. "Señor abad, dijo el mariscal adelantándose hácia el eclesiástico: cuando yo era niño, mi piadosa y buena madre me traía continuamente aquí á los pies de nuestra Señora, y este recuerdo lo tengo bien presente; diré mas, este recuerdo me ha sido siempre muy caro y jamás lo he olvidado: tened la bondad de hacer decir algunas misas por mi intencion;" y después de haber colocado tres napeleones sobre la mesa donde se registraban las ofrendas, el brillante héroe de la época gigantesca, fué á arrodillarse piadosamente ante el altar de María, donde oró por algunos momentos con edificante piedad. El mariscal Suchet terminó tambien dignamente su noble y leal carrera, por lo cual fué alabado sobre su tumba.

La romería de Nuestra Señora de Puy, en Velay, pasa igualmente por una de las mas antiguas de Francia. Dicese que durante la ocupacion de la Galia por los romanos, una señora gala que san Jorge, obispo de Puy, habia bautizado, encontrándose cercana á la muerte fué aconsejada que recobraría su salud sobre la cima del monte *Anitium* poco distante de su habitacion: se hizo llevar con esta esperanza, y apenas estuvo sentada sobre la roca volcánica de *Puy*, (17) cuando un dulce sueño vino á afetargar sus sentidos; entonces en medio de su sueño, vió á una mujer celestial, cuyos deslumbrantes vestidos flotaban como un diáfano vapor á la vez que una corona de piedras preciosas ceñía su frente: esta mujer, de una belleza arrobadora, estaba rodeada de un cortejo de espíritus angélicos. "Quién es esa señora? preguntó la hija de los galos á uno de los espíritus bienaventurados, quién es esta reina tan graciosa, tan noble y tan bella, que viene á consolarme á mí pobre enferma, y en tan extrema afliccion? Es la Madre de Dios, respondió el ángel: ella ha elegido esta roca para ser invocada, y así te manda que lo prevengas á san Jorge su servidor: pero á fin de que no tomes la orden del cielo por un vano sueño, despiértate, mujer, ya estás buena. Al despertar la gala no tuvo en efecto ni languidez, ni fiebre: penetrada de reconocimiento, se apresuró á correr á donde estaba el obispo, y le contó de viva voz el mensaje del ángel.

Después de haber escuchado las órdenes de la que él veneraba mas después de Dios, san Jorge se inclinó como si la Virgen misma le hubiese hablado, y seguido al instante por algunos servidores, y acompañado de la gala convertida, fué á visitar la roca milagrosa: su asombro fué inexplicable al verla cubierta de nieve, aun cuando los calores de julio se hacian sentir en la llanura: cuando aun no habia vuelto de su asombro, apareció un ciervo que se puso á correr sobre aquella nieve de estío, trazando con sus ligeros piés la planta de un vasto edificio. El santo obispo caminando de sorpresa en sorpresa, hizo cerrar con un cercado el paraje que el ciervo habia recorrido, y muy pronto se levantó una catedral en aquel lugar favorecido, al rededor de la cual se reunió la ciudad de Puy, que se tiene por inexpugnable, gracias á la proteccion de Maria.

La pequeña estatua de la Virgen que se viene á venerar desde el fondo de España y de todas las provincias del Mediodia de la Francia, data desde las cruzadas, tiene dos piés de alto y está sentada sobre una silla, á manera de las divinidades del Egipto, llevando al Niño sobre sus rodillas. Lo que llama la atencion, es que esta estatua está envuelta de los piés á la cabeza con bandas de una tela finisima encaladas sólida y muy cuidadosamente como se practica entre las momias egipcias, el estilo de esta estatua, la madera de cedro de que es hecha y las bandas que la cubren, han hecho presumir que es la obra de los solitarios del Líbano, que la han construido por el modelo de las estatuas egipcias. Esta imagen de nuestra Señora fué traída por san Luis á su vuelta de la Tierra Santa.

Los soberanos pontífices han alentado esta romería con su ejemplo y con sus beneficios, y muchos papas han venido cual simples peregrinos.

Los obispos de Puy recibieron grandes privilegios de la corte de Roma por consideraciones á nuestra Señora; entre otros la dependencia inmediata de la santa sede y el *Pallium*. Muchos reyes de Francia vinieron tambien á venerar á Maria sobre la montaña del *Anitium*. Carlos VII en 1422, que no era entonces sino delfín, vino á encomendar á nuestra Señora de Puy su causa desesperada, y en la misma iglesia fué donde se le proclamó rey de Francia.

El rey René hizo tambien esta romería con un gran séquito de hombres y de caballos; un gran número de moros, probablemente convertidos á la fe cristiana, le seguian en su traje oriental.

La capilla de Nuestra Señora de los Montes ó de Ceignac, sentada sobre una colina y rodeada de otras varias, en el antiguo bosque de Cayrac, entre el Viaur y el Aveyron, es célebre por la romería de un palatino húngaro, que en 1550 recobró religiosamente la vista gracias á la intercesion de nuestra Señora. Este señor, afligido en la flor de su edad por la mas triste ceguera, dejó las orillas del Danubio con cien hombres de armas, para venir á pedir á nuestra Señora de los Montes el fin de sus largos sufrimientos. Embarcóse en el mar Adriático, y después de haberse alejado de las costas de Italia,

entró en el golfo de Lyon; pero allí una tempestad horrible vino á dispersar las naves de su pequeña flota, y no fué sino con gran trabajo, que su escudero pudo salvarle en una chalupa que pudo ganar la costa. Entristecido con este acontecimiento desastroso y llorando la suerte de sus compañeros de armas, el príncipe ciego, acompañado de su fiel servidor, se internó en las montañas del Languedoc, dirigiéndose á pequeñas jornadas hácia la capilla de Nuestra Señora de los Montes, á donde llegó en 1150. Un cazador que tendía sus redes sobre las verdes riberas del Viaur indicó á los peregrinos el vado del río y los condujo á una colina desde donde se descubría la iglesia. El palatino, privado hacia muchos años de la dulce luz del cielo, no pudo ver el edificio religioso que aparecía en lontananza, pero oyó el alegre repique de sus campanas matinales y se prosternó sobre la tierra, húmeda aun con el rocío, bendiciendo á Dios y á nuestra Señora por haber llegado al término de su largo viaje. Entró lleno de fe en el santuario que él venía á buscar desde tan lejos, é hizo decir una misa solemne en el altar de María. Terminada la misa y mientras que el príncipe ciego rogaba con lágrimas delante de la imagen de la Virgen, un ruido de armas causado por peregrinos que entraban en la iglesia, atrajo su atención, y levantó instintivamente sus ojos sin mirada: ¡oh sorpresa! vió su bandera, y aquellos peregrinos prosternados, cuyas pellizas orientales contrastaban con las capas oscuras del paisano del Languedoc; ¡aquellos eran sus fieles húngaros! Un grito de felicidad y de reconocimiento se le escapó; ¡ha recobrado la vista y sus soldados están allí! Nuestra Señora ha tratado á su vasallo con una generosidad de soberana y no había hecho las cosas á medias.

Siete lámparas de plata maciza fueron el don que el príncipe húngaro ofreció á la Virgen; por sus órdenes tambien se erigió una cruz sobre la colina donde había hecho oracion, y se grabó esta historia con caracteres góticos. Un grupo en relieve colocado en el santuario de María, representaba al príncipe palatino y á su escudero arrodillados delante de la imagen de la Virgen; debajo estaba una inscripcion latina concebida en estos términos:

ECCE PALATINUS PRIVATUS LUMINE PRINCEPS,
MUNERA MAGNA FERENS, SED MELIORA REFERT,
VIRGINIS AUSPICIIS, DIVINO IN LUMINE, LUMEN
CERNIT, ET EXULTAT, DUM PIA PERFICERENT.
INSUPER ET CENTEM FAMULUS IN LITTORE FRACTOS
INVENIT INCOLUMES; DICITUR INDE LOCUS.

En el número de los bienchores de la capilla de Nuestra Señora de Ceignac, se encuentran los duques de Arpajon, el cardenal de la Pelagrua, sobrino del papa Clemente V, y un gran número de obispos y de altos personajes.

La romería de nuestra Señora de Roc-Amadour, á una ligera distancia de Cahors, está situada en la parte mas árida y mas montañosa de Quercy. Un santo, del cual una tradicion local, que nada apoya, ha querido hacer de él el Zevedeo del Evangelio, penetra en el siglo III en un laberinto de rocas que levantan sus crestas soberbias sobre una quebrada estrecha y profundamente escavada en la que en Lauzou rueda sus aguas; esta quebrada, que se llama hoy el valle de Roc-Amadour, se llama entonces el Valle Tenebroso porque abundaba en bestias feroces.

Aquel paisaje triste, pero sin grandeza, que recordaba la Tebaida, tenia sin duda analogía con los pensamientos elevados y austeros del anacoreta; construyó una celdilla sobre uno de los puntos culminantes de la montaña, y al nivel del nido de las águilas escavó en la roca un oratorio para la Madre de Dios. La poblacion galo-romana de los bellos valles de Figeac y de San Ceré, que algunas veces le percibia desde lejos sobre la cúspide de aquellas montañas estériles y salvajes, cuya sola altura daba vértigos, le dieron el sobrenombre de *Amator rupis*; este nombre el único que nos ha llegado, ha sido cambiado en el de *Amador*, pues es mas conforme al genio del dialecto meridional.

La pequeña estatua de la Virgen se asemejaba á aquellas que los nuevos cristianos de las Galias veneraban en los troncos ahuecados de los robles, y hacia milagros en favor de los peregrinos fervorosos que venían á invocarla en su santuario de las rocas; las romerías se multiplicaron, y muy luego llegaron á